

ocasiones son *detectives* casi aristocráticos, que en el fondo están veiendo por unos valores de clase rígidamente establecidos. Se preocupan fundamentalmente por todo el proceso que conduce al esclarecimiento del crimen (recogida de pruebas, análisis de los indicios, estudio de los sospechosos), y sus obras acabarán cayendo en una situación irreal, en un crucigrama, en un juego intelectual, que tiene como único objetivo desafiar la inteligencia del lector. Habrá ocasión de comprobar que esta caracterización del detective cambia sustancialmente en los grandes autores norteamericanos de la novela negra. Y justamente con esta vertiente apuntada hay que relacionar a los autores franceses mucho más que los anglosajones señalados anteriormente. Así, los detectives de la novela francesa son hombres de acción fundamentalmente, y no solamente utilizan la inteligencia, sino la intuición. Pero esto sucede también, a veces, con detectives de Chandler o Hammett.

Después de Dupin, hábil deductor y fríamente cerebral, creado por Poe, Conan Doyle (1887) nos presentará no a un «caballero», sino a un «cerebro». El personaje se deshumaniza. «Lo único humano de Sherlock Holmes, personaje creado por Conan Doyle, son sus manías; el resto es fría inteligencia sobrehumana. Cualquier deducción de Holmes da en la diana, porque así lo quieren la casualidad, las coincidencias y el propio Conan Doyle. Aparentemente, su lógica es sólida, pero en el fondo, como dice Vidal Santos, es una lógica de salón, divertimento, prestidigitación más que inteligencia, ilusionismo puro. El doctor Watson recibe de Holmes todas las instrucciones precisas para descubrir el enigma, pero nunca acierta.» De alguna manera podríamos comparar al doctor Watson con el «gracioso» de nuestra comedia del siglo XVII. Sus desaciertos realzan la figura del protagonista.

2.3 *Estudio de algunos personajes paradigmáticos de la novela policiaca del siglo XX*

Con Poirot y con Miss Marple, de Agatha Christie, entramos en un mundo donde los personajes devienen «estáticos», a fuer de su automatismo, y «chatos», gracias a sus actitudes tan poco convincentes para sorprendernos. En Poirot no faltan, sin embargo, la «sagacidad mental» y la «inteligencia superior», que eran atributos de los personajes que encontramos en los creadores del género. La nota psicológica se acentúa, sobre todo, en Miss Marple, que asume los caracteres de una mayor humanidad en la tipología de Agatha Christie. La autora no escapa, no obstante, a un proceso de caracteriza-

ción tópica y reduccionista. No es raro encontrar en la *psicología diferencial* de Agatha Christie expresiones como las siguientes: «Se encaminó con el corazón palpitante (...). Todo su cuerpo tembló convulsivamente.» En una ocasión dirá Miss Marple: «Es cierto que he llevado lo que se llama una vida tranquila, pero he tenido muchas experiencias resolviendo pequeños problemas que fueron surgiendo a mi alrededor. Algunos verdaderamente ingeniosos, pero de nada serviría contároslos, ya que son cosas de tan poca importancia que no les interesarían...» (10). Y la misma Agatha Christie nos dice en el prefacio de su *Miss Marple y 13 problemas*: «La señorita Marple tiene una ligera semejanza con mi propia abuelita; es también una anciana blanca y sonrosada, quien, a pesar de haber llevado una vida muy retirada, siempre ha demostrado tener gran conocimiento de la depravación humana.» Uno se sentía terriblemente ingenuo y crédulo ante sus observaciones: «Pero ¿tú crees lo que te dicen? No debieras hacerlo. Yo nunca creo nada.» Por si no quedara clara la proyección de la autora en Miss Marple, nos confesará: «Yo disfruto escribiendo las historias de la señorita Marple; siento un profundo afecto por mi dulce anciana.» «Mi dulce anciana»: ¡qué lejos estamos de los personajes duros de Hammett y de Chandler! Y, por otra parte, Simenon sabrá presentarnos a su personaje Maigret con una psicología más verosímil y profunda. En cuanto a las relaciones entre Simenon y su personaje, ha corrido abundante tinta, a veces por el mismo Simenon.

Recientemente ha aparecido en *Le Nouvel Illustré*, un semanario de Lausanne (Suiza), donde reside Simenon, una carta peculiar dirigida a su personaje Maigret: «Seguramente se sorprenderá de recibir mi carta—le dice Simenon a su personaje—, si se tiene en cuenta que nos separamos hace casi siete años. En este año se cumple el cincuenta aniversario del día en que nos conocimos. Usted tenía alrededor de cuarenta y cinco años. Yo tenía veinticinco. Pero usted tuvo la suerte de vivir después un cierto número de años sin envejecer. Fue sólo al término de nuestras aventuras y de nuestros encuentros cuando usted llegó a la edad de cincuenta y tres años. El límite de edad en aquella época era, para los comisarios como usted, el de cincuenta y cinco años. ¿Qué edad tiene usted en la actualidad? Yo he envejecido mucho más rápidamente que usted, como ocurre con todos los mortales, y he sobrepasado ampliamente los setenta y seis años. Tampoco sé si usted habita todavía en la pequeña casa de campo de Meng-sur-Loire y si se dedica todavía a la pesca en solitario; si sigue usando su gran sombrero de paja; si la señora Maigret juega aún con usted a las cartas en el café de la ciu-

dad, como yo mismo hacía (...). Ahora estamos los dos jubilados. Le deseo que saboree, lo mismo que yo, las pequeñas alegrías de la vida, disfrutando del aire desde el comienzo del día.» Y entre esas pequeñas alegrías de la vida, menciona Simenon el placer gastronómico (al igual que en los personajes de Vázquez Montalbán; la bebida será referencia obligada hablando de Chandler y de Hammett). Simenon continúa: «Dígale a la señora Maigret que, gracias a un cierto señor Courtine, que bien podría merecer el título de rey de los gastrónomos, sus recetas de cocina han dado la vuelta al mundo, y que, por ejemplo, los *gourmets* de Japón o de América del Sur suelen rociar su *coq au vin* con unas gotitas de alcohol de ciruelas de Alsacia.» Y, como en el *Quijote*, se le ofrece al personaje alguna de las versiones que de sus historias circulan.

Este punto de vista, en el que no hay distancia alguna entre narrador y el personaje, es la perspectiva asumida—parcialmente, en Agatha Christie; más total, en Simenon—merced a la cual el autor nos hace partícipes de una especial confidencia.

2.4 Los personajes «duros» de la novela negra

El año 1929 inaugura uno de los mayores colapsos que registra la historia económica del siglo XX. Es el año de la quiebra de la Bolsa de Nueva York y también el año en el que Dashiell Hammett publica su primera novela de resonancia: *Cosecha roja*. El psicologismo de los autores señalados anteriormente, y también la concepción de la novela como «juego de ingenio», van a ser sustituidos por un tipo de novela en la que el relato detectivesco es sometido a un tratamiento predominantemente realista y verosímil. Un nuevo tipo de personajes dinámicos aparecen respondiendo dialécticamente a una realidad dura y cargada de violencia.

El 12 de junio de 1942 escribe André Gide en su diario: «He podido leer..., con asombro considerable bien cercano a la admiración, *Cosecha roja*, de Dashiell Hammett (a falta de *La llave de cristal*, libro tan recomendado por Malraux, pero que no puedo encontrar por ningún lado).» Para Gide, los diálogos de *Cosecha roja* están contruidos con mano maestra, llegando a afirmar: «Son cosa para enfrentarla con Hemingway y hasta con Faulkner; todo el relato mismo de una habilidad y cinismo implacables...» Y es que también podría decirse de las novelas de Hammett que sus historias no están narradas, sino entretrejidas entre las mallas del diálogo. Y, dentro de un mundo sórdido y terrible, el detective aparece sin atributos románticos, aunque impregnado de una tremenda dimensión poética.